

# LOS ESCAPATARES

Si un capitalista pone el pie en ciudad de allende el telón de acero -y aquí llamo capitalista a todo súbdito del sistema, tanto convencido como si no, tanto si rico personalmente como si pobre-, hay algo que echa en falta, de primera intención. Las calles del Berlín de allá parecen más tristes que la retahíla de exposiciones, y luces, y reclamos y guiños, a que nuestros ojos están hechos en el Berlín de acá. Sospecho que tal tristeza pueda tener relación con meros reflejos condicionados y que la alegría merezca asentarse en algo más sólido que los escaparates. Pero es así. «El muro» lo explicaba un guía culto, si no pedante, como el límite entre lo que fue Roma, en la antigua historia, y lo que era «el Norte de Roma» Dos maneras contrarias de entender la economía, que puede ser como si dijésemos la vida.

Cuando visito cualquier ciudad importante de nuestro mundo, nuestro para bien o para mal, concedo yo una detenida atención a la fila inacabable de sugerencias iluminadas; tentaciones a veces. Puede ocurrir -suele ocurrir- que esté conmigo mi compañera. No es raro que su gremio preferido resida en los pares, por ejemplo, y el mío en los Impares. Entonces vamos calle abajo, caminando sin prisa, parándonos aquí y allá, pero separados por un río de coches. Algo así como esos guardias de la policía armada que salen en pareja al servicio de población, uno por esta acera, el otro por la de enfrente, y a lo mejor tienen alguna señal convenida para no terminar perdiéndose.

Me paro; y contemplo de cerca las maravillas que se nos proponen. A esto le llaman en Francia «lécher les vitrines», y es locución muy gráfica: lamer la luna del escaparate. Y debe tratarse de una inclinación nada singular, puesto que en ella me siento muy asistido.

Este deporte, de apariencia tan simple e inocentona, a lo mejor resultaba apasionante como examen psicológico de los individuos y, por adición, de toda nuestra colectividad. En una librería, sin ir más lejos, no es lo mismo demorarse ante «Las mejores aperturas del ajedrez» que considerando «La vida sexual» de López Ibor. Lo de estarse largamente ante el muestrario de una confitería, me parece de interpretación demasiado obvia. Hay quien se extasía con los carteles de las agencias de turismo, cuanto más exóticos mejor. ¿Y los inanimados maniqués de las tiendas para señoras? Hace algunos años, el penitenciario de una diócesis del interior advertía severamente contra este género de provocación. También se puede sorprender a un caballero que contempla con arrobamiento un escaparate de zapatos, pero de zapatos femeninos. ¡Lo que diría Freud! y gentes extrañas que se detienen en las ortopedias. A los que veo con simpatía -por colegas- son esos paseantes que se paran en las tiendas de óptica. Suelen ser tipos nerviosos y aprensivos, amigos de andar limpiándose los

lentes con el pañuelo, que con mucho disimulo calculan sobre la acera los cinco metros de distancia, y luego se gradúan la vista, gratis, con ese cartel de renglones decrecientes.

Y así sucesivamente, el cuento de nunca acabar.

De verdad, en los países donde no hay escaparates mal comprende uno cómo pueden conocerse los gustos de la población. Supongo que con estadísticas, sistema que a lo mejor es más científico, pero, sin duda, menos divertido. En los ya pasados días de Navidad y Reyes, por ejemplo, quise documentarme sobre los chismes que ahora encandilan a los pequeños. Bueno, más que lo que ahora quieren, puedo decir lo que no quieren de ninguna manera. Viendo los escaparates caí de repente en que los chicos de ahora no juegan a las iglesias, a las procesiones. Creo que en ningún caso. Yo, en cambio, he llegado a tener en el desván de casa poco menos que una catedral. Un año los Reyes me trajeron un pequeño viril. Y candelabros, y velitas, y vinajeras. No sé cómo me conservo laico. También observé que no hay imprentillas. Aquí el desarraigo no fue total. En un bazar he podido ver una, bastante decente. La empleada me dijo que apenas las piden. Yo me enternecí pensando en aquella mía, toda una abundante tipografía de goma sobre los surcos paralelos de la caja, el componedor, las pinzas, las artes de entintar, que no sólo entintaban el tampón sino también las manos y la camisilla y el traje del artesano... ¡Ah!, Y algo que no falta jamás en tales trebejos: una mano rígida, enérgica, imperativa, que queda muy bien para componer avisos.

Creo que si no fuera por los escaparates, yo no hubiera sabido volver a este mundo de los niños, tan misterioso a medida que uno se aleja en el tiempo. Y ahora, cuando ya es agua pasada lo de los juguetes, ahí están las rebajas de enero, clamorosas de adjetivos y de precios que por no llegar a 500 pesetas se quedan en... 499. Y vendrá pronto la fiesta de los enamorados. Y el Día del Padre. Y otra vez los bikinis sobre el cartón de color bronceado...

Buen espejo de nuestro mundo, los escaparates. Apenas importa que no sea para comprar, que la mejor clientela -contemplativa- se nutra con quienes mal podrían hacerlo. Porque esta es circunstancia trivial, que poco quita al asunto. Lo contrario, nos atrevemos a decir. ¿Se han fijado ustedes en el pelaje de quienes frecuentan las vitrinas de las joyerías más lujosas? Al difícil acto de elegir entre un brillante de buenos quilates y una esmeralda sin jardín, nada puede aportar tanta lucidez como el pequeño detalle de llevar no más que unos duros en el bolsillo. Y en la cartera, por supuesto, ninguna tarjeta del «Diners Club».

**Antonio PEREIRA**